



UNAS MIGUITAS A LOS CISNES



UN DOMADOR ENTRE SUS FIERAS

LINTERNAS PARA PROYECCIÓN

Qué placer hay comparable al de reunir y guardar las escenas, los momentos, los objetos, las caras y las imágenes más dignos de interés? Guardar y coleccionar es tan natural al hombre, que desde que la Humanidad dejó de vivir en las cavernas, para disfrutar de los beneficios de la civilización, ha habido siempre coleccionadores.

El botánico, que deseca hierbas y flores; el entomólogo, que caza sabandijas; el filatélico, que pega sellos en las páginas de un libro, y el anticuario, que registra y clasifica las medallas, las monedas, las armas... todos obedecen al mismo impulso: el de reunir, ordenar y catalogar objetos interesantes.

Pues bien: pocos objetos hay tan dignos de ser conservados como las fotografías. Si usted entra en un Museo y se coloca, por ejemplo, frente a un cuadro, usted siente, si este cuadro es hermoso, una pro-

funda emoción artística. Pero ese cuadro no le evoca ni revela nada que le afecte directamente en su propia vida de usted. Este cuadro ejerce sobre usted la atracción que ejerce lo bello, pero permanece extraño a usted, porque es algo en cuya confección no intervino usted para nada. Ni conoce usted al autor, ni ha frecuentado usted jamás los lugares que representa, ni ha hablado usted nunca con las personas que retrata. Algo análogo podría decirse de cualquier otro objeto que pueda ser coleccionado. Ofrecerá un interés científico o artístico, pero nunca un interés vital, subjetivo, un interés basado precisamente en la íntima y estrecha relación con su vida de usted.

En cambio, las fotografías recuerdan generalmente algún paso, algún suceso, algún lugar, alguna situación, alguna persona íntimamente ligados en su vida. De ahí que las fotografías, junto y por en-